

I INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta investigación consiste en observar en tiempo real los cambios que haya podido experimentar el léxico disponible de los dominicanos durante las últimas dos décadas. Para alcanzar esa meta, se realizó un estudio longitudinal en el que se comparan datos recogidos durante el invierno de 2008, con otros obtenidos con la misma metodología en 1990, casi 20 años antes. Se trata de una investigación pionera: es la primera vez que se lleva a cabo un análisis de esta naturaleza sobre el léxico disponible en el mundo hispanico.

1.0 PREÁMBULO TEÓRICO:

LA VARIABILIDAD INHERENTE DE LA LENGUA

El cambio lingüístico es un hecho incontestable que se evidencia de varias formas. Por eso no resulta raro que muchos hablantes sepan, por ejemplo, que lo que ellos llaman *chichigua*, en otros lugares es conocido como *papalote*, *cometa*, *chiringa*; o que las palabras *e-mail*, *estrés* y *motoconcho* no se usaban, porque aún no existían, en épocas pasadas; que ciertas personas dicen *me se olvidó*, en vez de *se me olvidó*; que es posible alternar *comiera* y *comiese*; y que no todo el mundo elimina con la misma frecuencia la /d/ intervocálica postónica, pronunciando *acabao* en vez de *acabado*; o la /s/ final de sílaba, diciendo *eto* por *esto*, y *tre* en lugar de *tres*.

Esa realidad permanentemente cambiante lleva a muchos lingüistas al convencimiento de que el fenómeno de la variación no es un accidente, ni un proceso colateral a la lengua misma, sino que se trata de un rasgo consustancial, necesario, esencial, de la estructura de todo sistema lingüístico.¹

Ante este hecho, se plantea naturalmente la siguiente pregunta: ¿por qué cambian las lenguas? Una ligera reflexión permite descubrir que, en el fondo, la respuesta a esa interrogante es muy simple. Las lenguas cambian *porque tienen que cambiar* para poder cumplir su función inherente: satisfacer las necesidades comunicativas, cambiantes y variables, de sus usuarios. A este respecto, son muy oportunas las observaciones de Martinet (1971:178)

¹Dicha concepción impulsa el surgimiento de la doctrina *variacionista*, que toma cuerpo con el advenimiento de la moderna Sociolingüística, a partir de los primeros trabajos de Labov (1966, 1972).

cuando declara: «Parece que si las lenguas cambian, como sabemos que lo hacen, ello es fundamentalmente porque las necesidades de los usuarios cambian, y se ha encontrado que esto se aplica a la fonología tanto como al léxico, morfología o sintaxis».

Desde una perspectiva sociolingüística se podrían señalar tres causas principales de los cambios en las lenguas: la moda, la influencia extranjera y la necesidad social. De las tres, sin duda la más importante, y por ello la más prestigiada por los lingüistas, es la necesidad. En torno a este tema, Aitchison (1993:131) comenta que «una lengua cambia según van cambiando las necesidades de sus hablantes: es lo que correspondería a un punto de vista utilitario del cambio lingüístico, que no deja de ser una concepción bastante interesante del mismo».

Es evidente que las necesidades de comunicación de un neurocirujano no son las mismas que tiene un vendedor de frutas en el mercado; ni las de un hablante de hoy son iguales a las de uno que vivió durante la primera mitad del siglo XIX. También son distintas las de un habitante de la sierra andina a las de uno que reside en las costas del Caribe.

Los hablantes de cualquier lengua:

- A. Viven en un momento *histórico* determinado.
- B. Residen en una zona *geográfica* específica.
- C. Pertenecen a un particular grupo *social* dentro de su comunidad.
- D. Realizan cada día diversas actividades en *situaciones* distintas.

Tales circunstancias, como es lógico pensar, crean y condicionan las necesidades de comunicación de las personas. Existen, en ese sentido, cuatro tipos de variación lingüística:

- a. diacrónica o histórica: que se realiza a través del tiempo;
- b. diatópica o geográfica: que se materializa a lo largo del espacio, de una región a otra donde se habla la lengua;
- c. diastrática o social: que depende de las condiciones socioeconómicas y sobre todo de educación y ocupación del hablante;
- d. diafásica o situacional: que se manifiesta en las diferentes ocasiones en las que se producen los actos de habla.

En definitiva, una lengua se podría definir como un sistema de comunicación elástico, compuesto por un amplio conjunto de opciones o de posibilidades entre las cuales el usuario debe elegir las más apropiadas según las circunstancias

anteriormente señaladas. De acuerdo con esto, en sentido estricto, se podría decir que *nadie habla la lengua*, sino una de las muchas modalidades que ella encierra. Así, en un acto particular de comunicación, un hablante de español que está situado ante las siguientes variantes, tendrá que seleccionar una y solo una de ellas: *esto, eh*to o *eto*; *auto, carro o coche*; *llegara o llegase*; *momentito, momentico o momentillo*; *comeré o voy a comer*; *se fue o se marchó*; *¿qué dices?, ¿qué dices tú?, ¿qué tú dices?, ¿qué decís?, ¿qué decís vos?*; porque es simplemente imposible que utilice al mismo tiempo las diversas opciones que la lengua le ofrece en cada caso. Es precisamente a través de esta flexibilidad como la lengua revela su riqueza y su prodigiosidad, permitiéndole a cada hablante expresarse como es, con su particular personalidad de hombre o de mujer, ciudadano de un país o de otro, miembro de un grupo sociocultural, y que cada día realiza funciones distintas en medio de diversas situaciones.

1.1 ¿PUEDE SER OBSERVADO EL CAMBIO LINGÜÍSTICO?

Desde la perspectiva del investigador, y considerando específicamente la variación ocurrida a lo largo del tiempo, sería conveniente saber si es posible o no observar el cambio lingüístico en su devenir histórico, mientras ocurre. Esta es justamente la pregunta que, dentro del campo específico de las mutaciones fonéticas del inglés norteamericano, intenta responder Labov (1994:95-194) cuando sugiere dos caminos distintos: las observaciones en tiempo aparente y las observaciones en tiempo real.

Parecería más fácil contestar afirmativamente la cuestión anterior en el terreno del léxico que en los otros niveles de análisis lingüístico, el fonético-fonológico y el morfosintáctico. Hay hablantes que dan testimonio de que en la actualidad no se utiliza un término que en su juventud era común. Varios ejemplos de esta situación en el español actual de la República Dominicana pueden ser los siguientes: *patilla*, suplantada por la forma *sandía*, de uso más general en el mundo hispánico; *puerco*, que poco a poco parece estar siendo desplazada por *cerdo*; *bloomers* (pronunciada *blumen*), sustituida por el también anglicismo *panties*. Del mismo modo, muchos dominicanos confirman el hecho de que ya no circulan, o se oyen mucho menos que antes, palabras como *aguaitar* (mirar), *cicatero* (tacaño), *mondar* (pelar). Sin embargo, estas observaciones cualitativas, que por lo demás resultan simplistas y aisladas, generalmente se quedan en el terreno de lo anecdótico y no pasan de ser una manifestación de meras impresiones cargadas de una alta dosis de imprecisión y de vaguedad. Cuando se intenta llevar a cabo un estudio cuantitativo, las cosas se complican mucho más, porque hay que lidiar con problemas como la selección de una

muestra representativa, el mecanismo eficaz de recolección de la información, el enfoque teórico adoptado, etc. Pero todo esto no quiere decir que sea imposible observar el cambio lingüístico.

1.2 PRIMERA POSIBILIDAD:

LA OBSERVACIÓN EN TIEMPO APARENTE

De acuerdo con Labov, la manera más sencilla de estudiar el cambio lingüístico en curso consiste en observar la variación en tiempo aparente. Esto implica realizar en un momento dado el análisis de las variables bajo estudio de acuerdo con los diferentes niveles de edad de los informantes. Por tanto, la muestra de la investigación debe incluir informantes de las diversas generaciones de hablantes que componen la comunidad en cuestión para tratar de encontrar alguna correlación entre la edad y las variables lingüísticas sometidas a estudio. En el caso del cambio léxico, se podría encontrar, por ejemplo, que en tanto los hablantes de mayor edad conocen y utilizan ciertas palabras, los más jóvenes las desconocen o no las usan. Tal resultado parecería indicar un proceso de caducidad de esas unidades léxicas que con el paso del tiempo se irán convirtiendo en arcaicas. Sin embargo, no es prudente llegar muy de prisa a dicha conclusión, porque así como podría tratarse de un cambio léxico en curso que anuncia la salida de circulación de esos elementos dentro de los próximos años, también se podría estar en presencia de un ejemplo de estratificación por edad, como recuerda Labov (1994:137) haciendo referencia al trabajo de Hockett (1950). En este caso, el fenómeno representaría un rasgo característico del léxico de los hablantes de mayor edad que luego estará presente también en el vocabulario de los hablantes jóvenes cuando estos dejen de serlo y pasen a formar parte de la generación siguiente, o la llamada 'generación saliente'. Se sabe que en cualquier lengua, así como existen palabras consideradas típicas del vocabulario de las mujeres o de los hombres, también las hay que identifican a los diversos grupos generacionales. Son formas que se repiten y se mantienen en el léxico de cada grupo de edad. Es un hecho universalmente conocido, por ejemplo, que los hablantes más jóvenes suelen utilizar con más frecuencia y libertad que las personas mayores, ciertas formas fonéticas o morfosintácticas estigmatizadas y elementos léxicos tabuizados o considerados prohibidos por la sociedad (López Morales 2004:163).

Pero en cualquier caso, la aproximación que pretende observar el cambio en tiempo aparente es incompatible con la metodología seguida en la presente investigación sobre el léxico disponible. En este estudio, afiliado al gran proyecto panhispanico sobre el léxico disponible que coordina y dirige Humberto López Morales, no se trabaja con diferentes grupos generacionales, sino que las muestras

utilizadas se componen exclusivamente de jóvenes cuyas edades oscilan entre los 18 y los 20 años, que cursan el primer nivel de sus estudios universitarios.² De esta forma se pretende lograr que la información recogida provenga de hablantes con un dominio léxico relativamente homogéneo, de personas que todavía no han sido contaminadas con el vocabulario especializado de cada profesión u ocupación. Este tipo de vocabulario técnico, como señala López Morales (1999a:28), «alejaría los resultados de la norma léxica general de la comunidad».

1.3 SEGUNDA POSIBILIDAD: LA OBSERVACIÓN EN TIEMPO REAL

Sin duda, la mejor manera de examinar el cambio lingüístico en marcha consiste en realizar la observación en tiempo real. Para ello se hace necesario estudiar el comportamiento lingüístico de la comunidad en dos etapas cronológicas diferentes, es decir, la información que se analiza tiene que ser obtenida en dos momentos distintos en el tiempo.

Como es fácil suponer, dicha tarea puede llevarse a cabo de dos formas distintas. La primera opción consiste en rastrear en la bibliografía dos estudios que hayan examinado el mismo tema en diferentes épocas, o un trabajo que en el pasado haya investigado el mismo problema que un autor planea analizar en la actualidad. Se procede entonces a realizar la comparación de los resultados de ambos estudios.

Aunque la existencia de esta modalidad es real, la misma está llena de dificultades. Si con suerte se encuentran dos trabajos de investigadores anteriores que hayan tratado el mismo asunto, suele suceder que surgen problemas, por ejemplo, con los diferentes puntos de vista adoptados o la diversidad de métodos empleados, lo que imposibilita la comparación adecuada. Como indica Labov (1994:139), resulta infructuoso hacer comparaciones de los resultados cualitativos comunes en las investigaciones de épocas pasadas, que incluyen expresiones vagas del tipo *con frecuencia o algunas veces*, con los datos cuantitativos de los estudios actuales. Simplemente no hay en estos casos una base homogénea que permita la adecuada comparación.

²Frente a las investigaciones que se enmarcan íntegramente dentro del citado proyecto panhispanico, existe una serie de trabajos sobre disponibilidad léxica parcialmente vinculados al proyecto, pero que se apartan de sus lineamientos originales porque realizan comparaciones entre jóvenes de distintos niveles de escolaridad y, en consecuencia, utilizan muestras con diferentes grupos de edad. Dentro de esta corriente de estudios cabe citar en Hispanoamérica los trabajos del propio López Morales (1973), antes del inicio del proyecto panhispanico, y de Román (1985), con estudiantes de Puerto Rico; López Chávez (1993) con escolares mexicanos; Mena Osorio (1986) y Echeverría et alii (1987) con estudiantes de Chile; y en España, Paredes (2001) con escolares de Alcalá, y especialmente Samper Hernández (2009), que en su reciente libro estudia la evolución del léxico disponible en estudiantes grancanarios en dos niveles de la enseñanza: el primario y el secundario.

La segunda forma consiste en volver a la comunidad después de cierto tiempo y repetir la investigación que originalmente fue realizada por otro o por el mismo investigador, tratando de hacerlo lo más exactamente posible. Este tipo de análisis, llamado longitudinal en el campo de la psicología y de la sociología, por ejemplo, se puede realizar por medio de dos caminos distintos: los *estudios de panel* y los *estudios de tendencia*.

Los estudios de panel requieren que se trabaje con la misma muestra en ambos casos. De esta forma, en la investigación actual hay que localizar a los mismos informantes entrevistados en la primera, y se les debe pedir que respondan las mismas preguntas o se les encomienda el mismo experimento. Como es fácil imaginar, este método encierra serios y a veces insolubles problemas prácticos, ya que la ubicación de los sujetos dos o tres décadas después de haberlos entrevistado la primera vez, choca con la realidad de que algunos podrían haber muerto, otros probablemente han cambiado de residencia o viven en el extranjero, y otros, por la razón que sea, simplemente no están disponibles o no desean someterse de nuevo al mismo proceso. Resulta, así, poco menos que imposible la utilización de la misma muestra.

Por otro lado, en el caso de los estudios de disponibilidad léxica, que utilizan muestras de jóvenes aún no expuestos al vocabulario especializado de las diversas profesiones, el acercamiento anterior resulta impracticable. Obviamente, los jóvenes de 18 o de 19 años que fueron entrevistados en el primer estudio, cuando se realice el segundo, serán ya profesionales de 35 o 40 años de edad que, por tanto, no pueden ser utilizados como informantes de la investigación por dos razones: por una parte, sobrepasan la edad requerida, y por la otra, poseen ahora un vocabulario especializado propio de su ocupación.

Los motivos anteriores permiten entender por qué en el análisis de los cambios experimentados por el léxico disponible en los distintos centros de interés, la vía más idónea es la de un estudio de *tendencia*. En este caso, la nueva investigación, que debe ser una réplica lo más exacta posible de otra realizada con anterioridad, describe el mismo universo de hablantes, utiliza los mismos instrumentos para la búsqueda de la información, efectúa el mismo tipo de análisis de los datos, y escoge una muestra semejante, seleccionando a los nuevos informantes con los mismos criterios empleados la primera vez. En otras palabras, cambian las personas que integran la muestra, pero la población del estudio sigue siendo la misma.

Esto es precisamente lo que se ha hecho en la presente investigación que compara los resultados de dos pesquisas, separadas entre sí por un lapso de casi 20 años, sobre el léxico disponible de los dominicanos. El estudio es un experimento que traza un nuevo camino que probablemente será recorrido en el futuro por otros investigadores interesados en el tema de la disponibilidad léxica.

En el ámbito hispánico no se han realizado hasta el momento estudios lingüísticos de tendencia que aborden los posibles cambios en el léxico disponible. En el terreno fonético, uno de los escasos análisis de este tipo es el trabajo de Cedergren (1984) sobre la pronunciación fricativa, como [ʃ] (mushasho), de la variable /ç/ en el español de Panamá. La investigadora compara los datos reunidos en 1969 con los que recoge 13 años después, en 1982. Fuera del mundo hispánico, algunos estudios de tendencia, también sobre asuntos fonéticos, se han llevado a cabo con lapsos de diferente longitud entre ambos. Uno de ellos es la réplica que 24 años después hizo Fowler (1986) de la investigación realizada por Labov (1966), con datos que recogió en 1962 de informantes de los grandes almacenes de Nueva York. Otro estudio es el de Trudgill (1988), que compara dos conjuntos de datos de la ciudad inglesa de Norwich, separados entre sí por un período de 15 años. La información fue recopilada por primera vez en 1968 y posteriormente en 1983. Por su parte, Hansen (2001) realiza un estudio en el que analiza el cambio de las vocales nasales en el francés de París. Para ello utiliza materiales que incluyen información proveniente de 42 hablantes: 16 de ellos fueron seleccionados de un corpus grabado entre 1972 y 1974 y los otros 26 corresponden a la muestra de su propia investigación, cuyos datos fueron recogidos entre 1989 y 1993.

